

el «socialismo» destouriano puesto

domingo del pino **a**
prueba

El pasado día 3 de noviembre, después de haber sufrido las inundaciones más devastadoras de toda su historia, los tunecinos concurren a las urnas para reelegir al presidente Burguiba —único candidato autorizado—, para un nuevo período presidencial.

Los primeros cambios realizados en el gobierno tras los comicios, parecen estar motivados por el deseo de recorrer en sentido inverso el camino emprendido hace cinco años —con pasos timoratos— hacia una cooperativización agrícola, bajo la égida del ex ministro de Economía Ahmed Ben Salah.

Por las circunstancias que la rodean, esta nueva etapa de la vida tunecina viene a iniciar al igual que 1964 otro punto de partida para la reorientación del país.

El nombramiento de Bahi Ladgham —consejero del presidente Burguiba— al cargo de primer ministro creado expresamente para él, es doblemente significativo.

Por un lado el Presidente, convaleciente de una hepatitis que le mantuvo alejado del gobierno un tiempo, trata de asegurar la continuidad del «burguibismo» después de Burguiba. La hepatitis, que causó la muerte el pasado 23 de octubre al canciller Mongi Slim, se ha convertido en una enfermedad nefasta para el gobierno tunecino.

Al mismo tiempo, la designación de Bahi Ladgham constituye el sepelio simbólico de una política considerada ahora oficialmente por el régimen

tan nefasto como la hepatitis. Ladgham fue durante toda la etapa anterior el mayor opositor de Ben Salah, factotum de la economía tunecina en ocho años, y diana ahora de todas las apreciaciones críticas de la orientación que bajo su impulso y la mirada complaciente de Bourguiba recibió el país.

Las sucesivas destituciones de Ben Salah de la Agricultura, las Finanzas, la Educación, el Secretariado de Estado para la Economía, del Buró Político y del Secretario del Partido Socialista Destouriano primero, y su separación total del Partido en vísperas de las elecciones, pretenden extirpar de la vida tunecina al hombre que durante ocho años encarnó la esencia del burguibismo puesto en práctica.

Junto con él, el movimiento cooperativista, presentado a bombo y platillo como culminación pseudo-socializante de la «originalidad tunecina», se encuentra en entredicho.

REFORMA ECONÓMICA

El movimiento cooperativista agrícola se inicia en 1964, tras una decisión del Congreso del Partido Neo-Destour celebrado en Bizerta, como parte de la reforma económica general adoptada allí. Los sectores industrial y agrícola, muy atomizados, salvo en los grandes dominios de colonos o propietarios franceses, serían agrupados en cooperativas (de servicios y de producción) cuyo principal objetivo, desde el inicio, es aumentar la rentabilidad y la producción.

La «originalidad» tunecina consistiría en la coexistencia de tres sectores, uno estatal, otro privado, y un tercero cooperativo. En la exaltación del momento se le cambia el nombre al Partido que desde entonces se llama Partido Socialista Destouriano. Con ello, los dirigentes tunecinos pretenden identificar la orientación que se le daba al país con el socialismo. Se estaba capitalizando la situación creada por las nacionalizaciones de los intereses franceses decretada unos meses atrás, después de años de discusiones con Francia.

Estas decisiones encuadran perfectamente dentro del pragmatismo que sobresale como rasgo más característico del burguibismo. Sin embargo, las inversiones extranjeras, la mayor preocupación del sistema, empiezan a disminuir en un principio, expectantes ante la orientación verdadera que adoptaría el Partido Socialista Destouriano. Cada cual a su manera, intenta en sus discursos explicar el alcance que tendría el «socialismo» con objeto de tranquilizar posibles inversionistas.

228 Ya desde entonces se aprecia una concepción matizada entre las altas esferas del gobierno. Burguiba es claro. «No se trata, —dice refiriéndose al socialismo—, de derribar a la burguesía para apoderarse de sus bienes, lo que sería una solución sin futuro, sino que por el contrario, invita a todas las categorías sociales a cooperar y fusionarse. Lo esencial, —agrega—, es ser solidarios unos con otros.»

SOCIEDAD SIN CLASES

El desarrollo de una sociedad sin clases —eliminada por arte de magia—, basada en el espíritu solidario entre burgueses, proletarios y campesinos será el «leit motiv» de la política partidista durante estos últimos años.

En sus discursos Ben Salah, entiende el socialismo de forma diferente. Para él «socialismo es una acción seria y honesta, y cuando decimos socialismo. —afirma— decimos sociedad sin clases».

Las dos concepciones, aunque se diferencian entre sí de forma radical, se irán acercando de tal manera que sólo a unos meses de decidida la vía «socialista», el propio Ben Salah afirma que «la orientación tunecina no contradice en lo absoluto el derecho de propiedad privada».

Túnez se encuentra ya por entonces alineado con el imperialismo norteamericano. Entre 1957 y 1962 ha recibido de los Estados Unidos 560 millones de dólares. En los años posteriores, cuando el Congreso norteamericano decide reducir sus «asistencias» al extranjero en aras de una mayor concentración zonal, el gobierno de Burguiba seguirá siendo en África uno de los más favorecidos. Ante esa creciente penetración norteamericana Francia se inquieta y modifica en parte su estrategia. En mayo de 1966 el gobierno francés restablece en gran medida el régimen preferencial que tenían los productos tunecinos en Francia, y que había sido suprimido en 1964 a raíz de la nacionalización de intereses franceses.

El gobierno tunecino por su parte quiere contribuir a mejorar las relaciones y ofrece un millón de hectolitros de vino como compensación a los agricultores franceses cuyos latifundios habían sido nacionalizados. Toda la diplomacia tunecina, empezando por el Presidente, se va a la caza de inversiones. Burguiba visita la República Federal Alemania, Holanda y Luxemburgo. El propio Ben Salah, viaja a Estados Unidos y obtiene diversos préstamos.

Sin embargo, las capitales nacionales no contribuyen en la medida deseada al desarrollo del país. Las inversiones nativas se concentran en los sectores más productivos, como importación y exportación o sector de construcción inmobiliaria.

El desarrollo económico del país tiene que ser asumido cada vez en mayor proporción por el Estado que, por otra parte, como era lógico esperar, no consigue conciliar en una «solidaridad» de clases, a sectores tan antagónicos como la burguesía y el campesinado o el proletariado.

LA CARRERA DE BEN SALAH

La carrera de Ben Salah, tan fulminante como su ocaso, le permite en poco tiempo concentrar en sus manos amplios poderes administrativos y políticos. En 1957 fue nombrado ministro de Salud Pública y Asuntos Sociales. En 1961 ministro de Estado para el Plan y Las Finanzas. Posteriormente ministro de Economía, y en 1964, en el Congreso de Bizerta, asume la dirección del secretariado del Partido. A pesar de esa concentración de poder en sus manos, Ben Salah encontrará siempre la oposición de la burguesía que realiza una labor de zapa contra las medidas que se pretenden implantar sobre todo en la agricultura.

A esos inconvenientes se une la tradicional ignorancia del campesinado que no entiende el alcance ni la necesidad de eliminar las «fronteras» entre su propiedad y la de su vecino. En la ausencia de una auténtica campaña explicativa, las intrigas de la burguesía terrateniente encuentran eco entre las masas campesinas que se oponen en algunos lugares, de forma decidida, a la cooperativización.

La cooperativización, por otra parte, no es más que la libre asociación de pequeños propietarios en el más estricto sentido de gestión capitalista. Cada cual recibe de acuerdo con la tierra que ha aportado, y los beneficios se reparten proporcionalmente según los rendimientos. Se trata de una auténtica reforma que solo tiende a aumentar la productividad.

Sobre las cooperativas pesan, sin embargo, al margen de las intrigas y de la oposición burguesa, todos los males generales que gravitan sobre el país. De un lado ausencia total o casi total de cuadros técnicos, la lenta mecanización de los cultivos único medio de aumentar una productividad baja métodos arcaicos, como consecuencia de los anteriores factores.

Junto a todas esas dificultades, un nuevo boicot, esta vez desde arriba, empieza a aparecer en los últimos tiempos, entre personalidades del gobierno que responden a los intereses de la burguesía mercantil que ve en la cooperativización, a pesar de sus limitaciones, una amenaza a sus privilegios de clase. El complot por arriba se pone en marcha encabezado fundamentalmente en el gobierno por Bahi Ladgham.

230 La producción agrícola descende. Las cooperativas se vuelven deficitarias, según informes del propio gobierno tunecino. En algunas regiones como M'Saken ocurren manifestaciones contra la política de cooperativización, estimuladas por una burguesía en la tramoya que mueve hábilmente los hilos de la conspiración.

ÚLTIMO ROUND

En esa situación van surgiendo dos opiniones igualmente radicales y contradictorias. Ben Salah piensa que la política cooperativa no puede ser llevada adelante en las actuales circunstancias, y elabora un proyecto de Ley que establece la nacionalización de todas las tierras y su constitución en cooperativas.

Paralelamente en el gobierno tunecino, donde Ben Salah se encuentra ya prácticamente aislado ha surgido la intención de darle un golpe mortal a las veleidades socializantes de Ben Salah. Su caída ha sido cuidadosamente preparada entre bambalinas.

Cuando Ben Salah presenta su flamante proyecto de Ley, el gobierno tunecino lo rechaza rotundamente. Burguiba, anteriormente protector de Ben Salah, se encuentra enfermo de hepatitis. Cuando se restablece suscribe todas las medidas adoptadas en su ausencia, pero con su conocimiento, sobre la cooperativización.

Al día siguiente y en vísperas de las elecciones, empieza el ocaso de Ben Salah. Burguiba, de nuevo Presidente, denuncia el 6 de noviembre las «ambiciones personales, y la lucha por el poder» del hombre que fue durante años una especie de Richelieu para él.

Con estas medidas se tiende a completar la organización netamente capitalista de la economía tunecina. En su alineación con el imperialismo mundial el gobierno de Burguiba ni siquiera ha tratado de salvar las apariencias como hicieron otros países que, aún manteniendo una organización interna capitalista, en lo exterior se han aliado a las causas de los pueblos que luchan por su independencia.

En ese sentido el gobierno tunecino ha sido uno de los pocos del mundo que no ha criticado la intervención yanqui en Vietnam, censurada incluso por algunos de los amigos «íntimos» de Estados Unidos.

El barniz moderado que ha tratado de darse el Presidente beneficiándose de su historia de lucha contra la dominación francesa está, hoy día, totalmente agrietado por su marcada alineación pro norteamericana. Su «frialidad» tanto por las causas árabes, como por las africanas, le ha creado

numerosas dificultades con una generación joven, que aunque ha tragado en parte el anzuelo del «socialismo destouriano», no ha podido sustraerse a la inquietud política de la juventud de los países capitalistas. Múltiples manifestaciones, duramente reprimidas han tenido lugar en la Universidad tunecina, muy sensible sobre todo a la actitud negativa de su gobierno con respecto a la heroica lucha del pueblo vietnamita. 231

Frenada la política reformista, hablar de socialismo en Túnez, aunque sólo sea al mencionar el nombre del Partido «Socialista» Destouriano, constituye una dolorosa ironía. En Túnez sigue siendo válida la afirmación hecha por Burguiba a un periodista francés hace años. En aquella oportunidad, el Presidente confesaba: «El sistema soy yo».

